

IMAGEN PROCESIONAL



EL PODER DE LA IMAGEN PROCESIONAL

Las relaciones entre personas e imágenes devocionales han estado unidas desde tiempos pretéritos. Muchos espectadores sufren, lloran y emprenden largos viajes por llegar donde están. Se sienten calmados ante su contemplación, emocionados o incitados a una revolución iconoclasta.

En muchos casos esas respuestas psicológicas resultan embarazosas e incluso inadecuadas para los tiempos que vivimos. Su mera visión nos puede recordar nuestros pasados más atávicos y rememorar ciclos anacrónicos.

La mayor parte del arte procesional se realiza a partir del Concilio de Trento, siglo XVI, para frenar el avance del Luteranismo procedente del norte de Europa. El motivo fundamental de su creación es activar la devoción y la fe. El alegato artístico queda soslayado para los historiadores y los estetas más ortodoxos. A pesar de ello en la mayor parte de los encargos suele primar la belleza, en función de los gustos de mecenas, cofradías y los propios imagineros. Los profesionales del arte dejan a un lado los síntomas del vigor de las imágenes cuyas raíces son más intensas que la persuasión o la repulsión estética más o menos anodina.

¿Realmente es tan pujante la presencia de una talla? ¿Su omnipotencia de consolación es tan fuerte para que se produzca una parálisis y un paroxismo generalizado en muchos de los sectores sociales contemporáneos?

A juzgar por lo vivido durante siglos podemos responder afirmativamente. Muchos creyentes son fieles devotos de pasos procesionales concretos.

Una Virgen abatida que trasmite aflicción por la pérdida de su hijo. Una coronación donde la tortura y la hipocresía del ser humano quedan patentes y exaspera a quien lo contempla. La Crucifixión como símbolo universal del Cristianismo a pesar del rechazo que produce en otras comunidades religiosas por su excesivo realismo y apariencia macabra.

Y por supuesto el Nazareno la imagen más representativa de todo el panorama escultórico pasional leonés donde el ascetismo más acuciante se desata en la mañana del Viernes Santo en la procesión de Los Pasos.

La imaginería procesional vuelve presencia al ausente y vivo al difunto. Ayuda a recordar y rememorar el Calvario sufrido por Jesús. Puede despertar la piedad, el miedo o el recogimiento desde la modelación de la talla hasta la realidad que transmite.

Es muy importante que la intencionalidad de quien observa los pasos coincida con el emisor de los mismos. ¿Qué transmite más fuerza, la belleza o la fealdad? Vírgenes irreales pero llenas de rasgos agradables o la imagen de La Piedad descompuesta por el trance de la muerte. Sin duda la primera opción tiene más aceptación en una jerarquía llena de tópicos donde se asocia al personaje bíblico, mucho más si es la madre de Cristo, a la magnificencia excelsa y una ejemplar puesta en escena

JAVIER CABALLERO CHICA
Historiador del Arte



use manual
Cenar